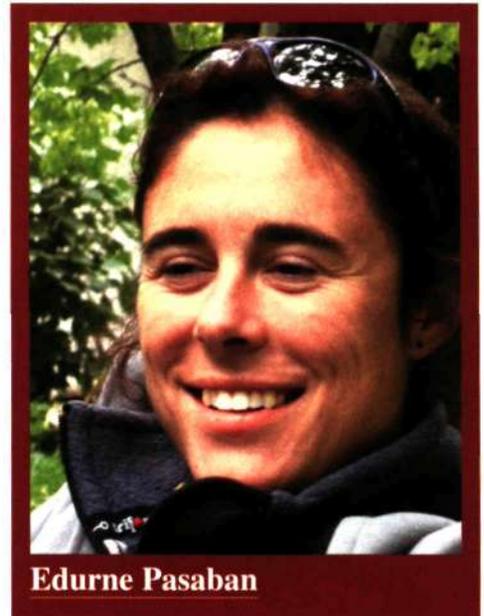


"El alpinista se mueve siempre entre dos tragedias: una, es que no llegue a la cumbre, y otra, mucho mayor, que llegue a ella"

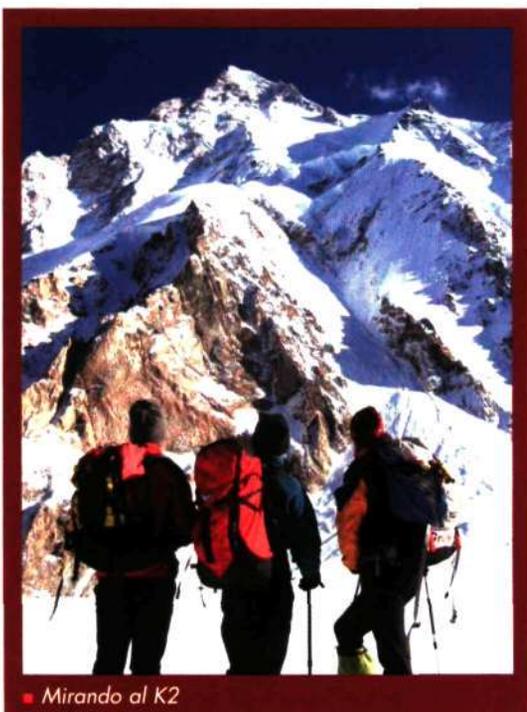
¿Estuve en el K2?



Edurne Pasaban



ACE ya varias horas que vamos en el avión que nos lleva de regreso a casa. Junto a mí está Oriol, mi pareja. Al otro lado del pasillo va Juanito. Sebas Álvaro se ha acercado hasta nosotros para mostrarnos las imágenes que hemos tomado en la cumbre del K2. Son preciosas. Yo estoy en ellas. Yo he estado allí, pienso. Cuando se marcha, nadie se da cuenta, pero empiezo a llorar. No puedo evitar un llanto continuado. Me asalta un torbellino de pensamientos contradictorios. Me pregunto si todo lo que ha ocurrido en esta expedición ha merecido la pena: las preocupaciones que he provocado en mis padres, en mi compañero, en todos mis amigos. No siento ninguna percepción de triunfo. Tengo la sensación de que he pagado cara la experiencia. Me cuestiono incluso si ha sido real lo que he vivido durante las últimas semanas.



• Mirando al K2

Desde Concordia no puedo ver el K2. La montaña esta velada por las nubes, pero, a medida que nos vamos acercando hacia el campamento del Broad Peak, ha comenzado a concretar sus perfiles. Voy la última con Juan Vallejo, Tonin Perezgrueso y otro cámara del equipo. Poco a poco, la niebla va descendiendo por las laderas de la pirámide hasta presentarse en toda su integridad. Me he quedado mirándole frente a frente y esta contemplación ha hecho brotar un profundo temor en mi interior. Conozco la historia trágica que pesa sobre esa mole y siento el lastre de una mochila muy cargada por los prejuicios que han ido calando en mí antes de que saliera de casa, a través de los comentarios de la gente. "Ten cuidado que es una montaña muy peligrosa", "Ya sabes lo que ha ocurrido con el resto de las mujeres...".

Mientras continuo acercándome al pie del K2 voy haciéndome preguntas lacerantes. ¿Saldré de este campo base? ¿Podré hacer yo la marcha de retorno dentro de unas semanas? Son estos momentos iniciales en los que voy a tener más presente que en cualquier otro pasaje de la expedición la sombra de la muerte.

Hemos llegado al campo base el 17 de junio. Hay varios grupos ya acampados y otros vendrán más tarde que nosotros. Yo tenía una larga relación de amistad con algunos miembros de la expedición italiana y, quizás por esa razón, estableceremos con ellos las relaciones más fluidas. Con Silvio Mondinelli he escalado mucho y de él he aprendido buena parte de lo que sé sobre alpinismo.

Están también los catalanes que van a la Magic Line y que bromean con nosotros acusándonos de ir a la "ferrata" del K2. Y también andaluces y madrileños. Con el paso de los días, entre todos se irá creando un buen ambiente de relaciones personales.



■ En el Campo I

■ ESCAPANDO DE LA TORMENTA

No sabía desde qué punto se iniciaba la ruta de los Abruzzos y tengo una cierta ansiedad por ir a conocer el arranque del itinerario. La impresión que capto a partir del campo base avanzado es de que aquello va a ser duro desde el primer momento. El tramo hasta el campo I me parece fuerte; pero será una sensación subjetiva que se diluirá en las semanas siguientes, cuando compruebe las complicaciones técnicas que van a presentarse en las zonas media y alta de la montaña.

Durante los primeros días la climatología se mantiene entre brumas que confieren al entorno un aspecto un tanto tenebroso. No obstante, nos afanamos en instalar el campo I. Nos han advertido de que existe un espacio reducido para plantar las tiendas y deberemos apresurarnos para que no se nos adelanten otros equipos.

Al emplazamiento de este campamento le sigue una semana de borrascas, durante la cual no podemos movernos del base. El tiempo en estas circunstancias discurre de forma distendida. Recibo y respondo los correos de los amigos, me divierto y discuto con Juanito haciendo la comida y, a la tarde, casi siempre nos toca ver una película en DVD, que es seleccionada después de discutir largo rato entre todos.

Cuando la climatología se estabiliza y podemos alcanzar de nuevo nuestro campo I, se nos cae la moral al fondo del glaciar. Las tiendas se encuentran totalmente cubiertas por la nieve y dos de ellas destrozadas. Me empieza a invadir una sensación de desaliento. Si esto es así aquí, ¿qué será lo que nos espera por allá arriba?

Tras dormir una noche de aclimatación en el campo III, a 7400 metros, salimos escapando hacia abajo en medio de una fuerte

tempestad. El descenso es complicado. Hay que localizar los puntos clave del itinerario: la pirámide Negra, la Chimenea House... Me duelen mucho las manos por el frío. No se ve nada. Silvio marcha tres metros escasos por delante de mí y apenas percibo su silueta. Sólo cuando llegue abajo me daré cuenta de que hemos escapado, gracias al equipamiento de las cuerdas fijas, de una las situaciones críticas que han dado fama trágica a esta montaña.

■ PRONÓSTICOS INCIERTOS

El mal tiempo continúa. Son días de un patente desconcierto entre los diferentes grupos. Nos llegan informes meteorológicos contradictorios.

Con una semana de antelación pronostican que los días 25, 26 y 27 de julio van a ser estables. Arrebujada en mi saco me pregunto cómo es posible que vaticinen con precisión el estado de la climatología que tendremos sobre nosotros dentro de siete días

¿Y si cambia? ¿Y si se equivocan?

Los italianos nos comunican que van a intentar llegar a la cumbre el 25. Sabemos que nos estamos jugando la única baza que tendremos para superar esta montaña. Tenemos que tomar una decisión. Es el momento de decantar la posición de cada uno. Me preguntan a mí. Me siento en ese momento con una gran responsabilidad. Siempre tengo la percepción de sentirme inferior en experiencia a mis compañeros, pero debo de asumir mi responsabilidad. Yo conozco a los italianos y sé que en el equipo hay tres que son fuertes y que van a trabajar bien, por lo que apoyo una salida conjunta con ellos.

De cara a la ascensión, tenemos planteamientos diferentes: Juan va a hacerlo saltándose un campamento. Yo sé cómo funcio-

no en altitud y prefiero pasar noches en el II y en el III, para llegar más descansada al collado del Hombro. Finalmente, Juanito, Mikel y yo saldremos juntos el día 22. Ferrán y Juan arrancarán al día siguiente.

Preparo mis banderitas, las pequeñas cosas que suelo llevar a la cumbre, aunque esa noche, metida en el saco, estoy convencida de que no vamos a lograrlo.

■ ¿A DÓNDE VAMOS?

En la madrugada del 22 salimos hacia arriba. Cuando llegamos al campo II el tiempo es malo. A la mañana siguiente estamos rodeados de una tormenta brutal. Sabemos que subir hasta el campo III resulta impensable en estas condiciones. Sólo podemos aguardar a que pase la borrasca. En mi fuero interno casi estoy deseando de que siga el mal tiempo y tengamos que bajar.

Pero los pronósticos se cumplen y el 24 el tiempo vuelve a ser apacible. Salimos hacia el campo III. El sol ha diluido los malos pensamientos. Nos sentimos bien, aunque yo tengo diarrea y Juan viene vomitando todo lo que ingiere.

El día 25 llegamos al campo IV, en el collado del Hombro. Estamos ya bajo la mole de la cumbre. Miro hacia el Gran Serac. Me parece que está al alcance de la mano, pero sé que es una percepción irreal.

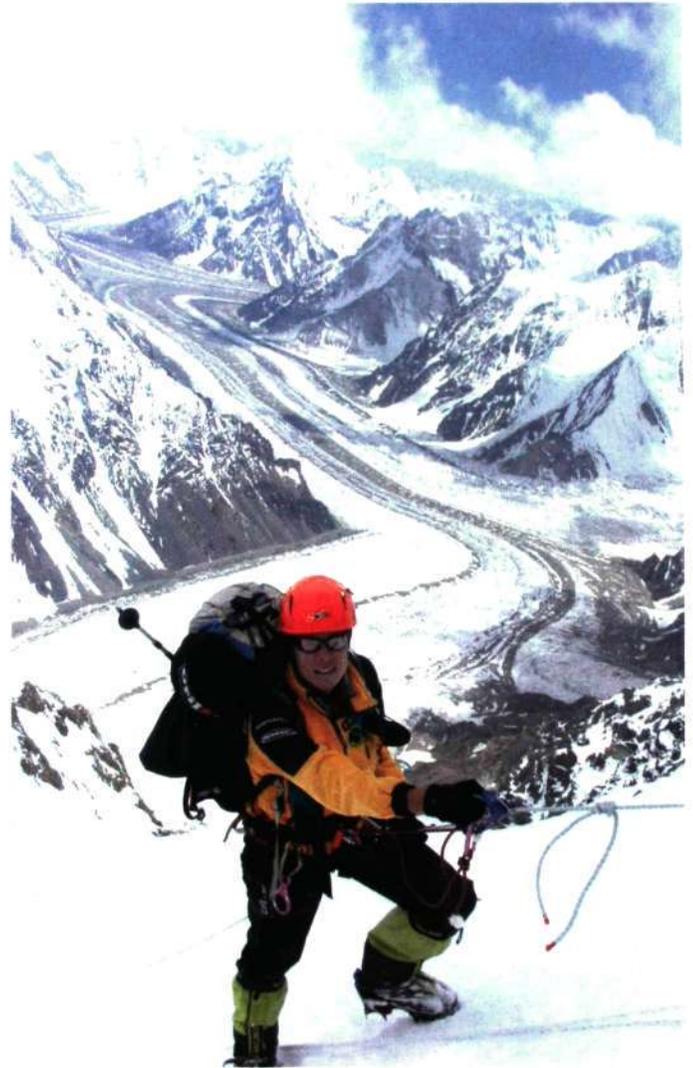
Como siempre hago, me afo en preparar con meticulosidad mis cosas. La ropa, los crampones, los guantes. Me gusta tener todo controlado para el día siguiente.

La situación en mi tienda no es como para elevarnos la moral. Yo sigo con diarrea y Juan con sus vómitos. Los dos nos acompañamos mutuamente. ¿Dónde vamos a ir de esta manera?

■ MOMENTOS DE TENSION

A las once de la noche nos ponemos a hacer agua. Juan sigue devolviendo y yo con mis salidas apresuradas fuera de la tienda. No sabemos qué tomar. Nos bebemos a medias un bote de Red-bull. Desde el interior de las tiendas empiezan a surgir voces de coordinación "¿Estáis listos? ¿A qué hora salimos? A la una y media estamos todos en el exterior. La noche es limpia, sopla un poco de viento.

Nos encaminamos hacia el corredor. Me siento mejor de mis tripas; Juan también se encuentra más asentado de las suyas. Los fantasmas de la noche parece que se han esfumado.



■ Del Campo II al Campo III



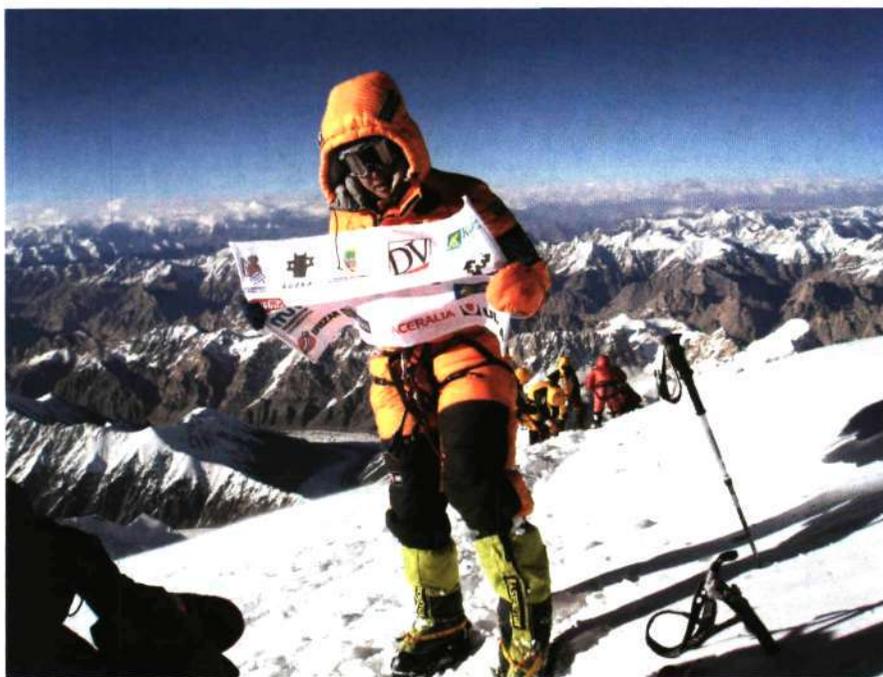
■ Progresando en la montaña

Antes de entrar en el Cuello de Botella empieza a amanecer. El viento ha arreciado, aunque no me parece que sea excesivo. Unos italianos se dan la vuelta. Juanito opina que debemos también regresar. Mientras tanto, los demás italianos siguen hacia arriba hundiéndose hasta la cintura en la nieve. Yo no tengo dudas. Me encuentro bien y pienso continuar. Finalmente, todos optan por la misma opción.

Nos encontramos bajo el Gran Serac, ante la travesía de hielo que ha hecho renunciar a muchas cordadas en estos años. Estamos Silvio y yo en cabeza. Le propongo que sea Mikel, que es el más técnico de todos, quien abra ese tramo de la ruta.

Mikel resuelve con soltura los dos comprometidos largos de hielo. Pero ahora tenemos enfrente una pala de nieve profunda e inestable que puede desprenderse en cualquier momento. Sabemos que un alemán cayó allí el año pasado. Dudamos. Juan le echa valor y toma la iniciativa. Silvio, que le está asegurando, no se atreve ni a mirar. Todos contenemos la respiración. Son instantes de una enorme tensión. La placa puede romperse en cualquier movimiento.

Por fortuna nada ocurre y Juan completa la travesía y le seguimos uno a uno el resto del grupo. Apenas tenemos puntos de seguro. Estamos todos colgando de dos tornillos.



FOTOS COLECCIÓN EDURNE PASABAN

■ *Edurne en la cumbre del K2*

Vemos ya sobre nosotros la piedra triangular que marca la cota de 8400 metros. Creemos que llegaremos hasta ella en una hora, pero nos va a costar más de tres por la acumulación de nieve. Somos conscientes de que se está haciendo tarde. Pero no dudamos. El cielo está completamente limpio, los pronósticos son tranquilizadores y tenemos bien equipado el camino de regreso.

Nos encontramos en la última pala. Nos quedan 200 metros. Aquí la nieve está más venteadada y nos hundimos mucho menos. Juanito me dice: "Edurne, esta vez sí que subimos".

Hassan decide abandonar aquí. Le animo a que continúe, pero está determinado a bajar. Le extraigo de la mochila una cuerda de 50 metros, porque yo me conozco y sé que en el descenso me puedo bloquear frente a cualquier pendiente.

Todas estas maniobras me han retrasado. Mis compañeros están ya arriba. Me apuro porque no me quiero quedar sola para el descenso. Cuando llego a la cumbre son las cinco y media de la tarde.

■ LA FUERZA DE VOLUNTAD

Apenas tengo tiempo para darme cuenta de que me encuentro por fin en la cima del K2. Juanito se ha tumbado en la nieve, está hecho polvo; tiene los ojos muy rojos y la respiración agitada. "No voy a poder bajar de aquí", me dice. Intento animarle, aunque me asusta el estado en que se encuentra. Mikel, Juan y Silvio me ins-

tan a que me apresure. No tengo un instante de sosiego para asimilar lo que está sucediendo.

Empezamos a bajar. Está anocheciendo. El frío se incrementa. Tengo bajo mi mirada todas las cordilleras del Baltoro bañándose en la luz del atardecer. El momento es de una extraña serenidad. Una sombra gigantesca de forma piramidal se extiende sobre las montañas hasta el límite del horizonte. Tardo unos instantes en entender que es la propia silueta del K2 la que se proyecta sobre los valles. Me detengo. Son unos instantes mágicos. Es entonces cuando interiorizo que he escalado aquella cúspide oscura que se extiende frente a mí.

Juan y Silvio no se separan de Juanito ni de mí. Este apoyo resulta vital. Aunque me encuentro bien de fuerza, sola quizás no tendría la voluntad necesaria para seguir descendiendo.

Llegamos al principio de las cuerdas fijas. Se han terminado las dificultades. Silvio siente los pies fríos y me dice que va a adelantarse. Me quedo sola, pero no soy consciente del momento en que se marcha. Ya es de noche.

El tiempo discurrirá para mí a partir de este momento en una escala ajena a los parámetros normales. Sólo después de que alcance las tiendas, Silvio me hará entender que he tardado seis horas en un tramo que a él le había costado una. ¿Qué había hecho durante ese tiempo? Sin ser consciente de ello, mi fuerza de voluntad se había distendido. Así puede llegar la muerte en estas altitudes, casi sin darte cuenta. No por agotamiento, simplemente por abandono del instinto de supervivencia.

Juan viene ayudándonos a Juanito y a mí. No se separa de nosotros ni un instante. Debemos estar a menos de un centenar de metros del campamento.

Alcanzamos por fin las tiendas. ¿Y Juanito?, me pregunta Ferrán. "Viene aquí mismo", le respondo. Pero transcurre una hora y media y Juanito no aparece. Ferrán sale a buscarle.

Cuando le traen está muy mal. Le hago caricias para animarle. Yo tengo los pies muy fríos. Cuando me quito las botas, compruebo que están bastante tocados. Siento miedo a las consecuencias. Temo no ser capaz de poder llegar por mi misma al campo base.

A la mañana temprano Silvio ya está azuzándose para que salgamos hacia abajo. Me siento muy cansada. Bajo con una gran lentitud. Quiero dormir, sentarme, pero Silvio no me deja ni un momento de su lado. Alex Chichón sube con unas coca colas para nosotros. Juanito viene por detrás ayudado por un grupo. Me parece escuchar que está muy mal.

Se me hace eterno el descenso hasta el glaciar. Está anocheciendo de nuevo. La llegada al campo base es hermosa: hay mucha gente esperándonos, pero mi resistencia anímica se hunde en ese momento. Me pongo a llorar sin poder contenerme. Tengo miedo a quitarme las botas, a descubrir cómo están mis pies. Estoy sucia. Me doy pena a mí misma.

Me llevan a una tienda y el médico andaluz me ayuda a limpiarme. Me deja su propia ropa y me cura. Hablo con mi casa y con algún medio de comunicación, pero las secuencias se van sucediendo como dentro de un extraño sueño. Tumbada dentro de una tienda, en la frontera entre la percepción y la inconsciencia me parece escuchar voces y movimiento en el exterior, pero no controlo nada de lo que está ocurriendo.

A la mañana siguiente, me llevan en brazos a un helicóptero. Hay mucha gente observando la evacuación. Sigo estando aturdida. Me siento como un fardo al que llevan y traen de un lado para otro. No veo a ninguno de mis compañeros. Juanito está junto a mí. El helicóptero se eleva. Me marcho abruptamente, sin despedirme de nadie. Dejo el K2 sin ninguna sensación de triunfo, sin importarme ni poco ni mucho si es que he estado o no en su cumbre. □

(Transcripción del relato: Antxon Iturriza)